

El sentimiento de nuestra individualidad, la clara conciencia de nuestro yo personal, conservada en su estado normal la naturaleza del hombre, sin enfermedades y sin pasiones que perturben la razón y la conciencia, arguyen de irresistible modo la identidad, no meramente lógica, sino positivamente real; pues, como nota Balmes, «no se trata del sujeto de una proposición, sino de un sujeto real, experimentado, sentido en lo más hondo de nuestra conciencia».

Pensar que dicha identidad se explica suponiendo que la conciencia de la identidad existe, y se trasmite sin que exista un sujeto realmente idéntico, es hipótesis incomprensible hasta para la generosa crítica de Janet; y que tal hipótesis es propuesta por Kant, veámoslo con el texto y refutación de Balmes.

«Una bola elástica que choca con otra, en línea recta, le comunica todo su movimiento, y por consiguiente todo su estado (no considerando sino las posiciones en el espacio). Admitid ahora por analogía con estos cuerpos, unas substancias tales que la una hiciese pasar á la otra las representaciones, con la conciencia que las acompaña; entonces puede concebirse toda una serie de representaciones semejantes, de las cuales la primera comunica su estado y la conciencia de su estado, á la segunda,—ésta su propio estado, más el de la substancia precedente, á la tercera;—ésta del mismo modo los estados de todas las substancias anteriores con el suyo pro-

pio, y la conciencia que las acompaña; la última tendría, pues, conciencia de todos los estados de las substancias que la han precedido, como de los suyos propios; porque estados y conciencia de estos estados, todo le habría sido transmitido. Sin embargo, ella no habría sido la misma persona en todos esos estados».

Kant pretendiendo combatir el argumento psicológico fundado en la conciencia, trastorna, destruye el carácter de la conciencia; una conciencia transmitida no es verdadera conciencia, no es más que la simple noticia de un pensamiento precedente.

Estas substancias que existirían sucesivamente, y se transmitirían sus conciencias, ¿serían algo distinto del acto mismo de la conciencia ó no? Si fuesen algo distinto, deberíamos admitir un sujeto de la conciencia que en sí mismo, y en cuanto sujeto, no estaría sometido á la intuición sensible, y por consiguiente podríamos argüir *ad hominem* y oponerle á Kant la misma dificultad que él nos objetaba anteriormente (V. cap. IX). Si estas substancias transitorias no fuesen nada más que el acto mismo de la conciencia, resulta que cuando deja de existir este acto, nada resta de la substancia; y por tanto nada queda transmisible.

La trasmisión supone algo que se puede transmitir: si, pues, el acto de la conciencia se transmitiese, resultaría que él en sí sería algo permanente, al través de la sucesión de las substancias;

y hé aquí una consecuencia bien extraña á que se hallará conducido el filósofo alemán con su teoría de las transmisiones. Todos los psicólogos habían dicho que la substancia del alma es permanente y que sus fenómenos son transitorios; ahora, por el contrario, tendremos que lo transitorio será la substancia y lo permanente el fenómeno, esto es, el acto de la conciencia que se irá trasmitiendo».

El profundo razonamiento de las precedentes observaciones contesta á la doctrina de Kant y á toda hipótesis, que, fundándose ó no en los conceptos kantianos, apela, para no reconocer la identidad personal, numérica del yo, á cualquiera hipótesis sobre la comunicación de los fenómenos. Toda la analogía de los movimientos comunicados entre los cuerpos, ninguna tiene con la naturaleza de los fenómenos psicológicos; unidad de conciencia referida á un mismo sujeto en los diversos actos y en los diferentes tiempos; donde por negar la personalidad humana se le da personalidad á cada fenómeno, suponiendo que él mismo y con conciencia de su unidad se trasmite y conserva, resultando *apariencia* de substancia y persona en lo que por su *realidad* es pura sucesión de fenómenos repetidos.

La ilusión metafísica del Yo. Quien conozca las suposiciones positivistas en orden á los hechos de mayor trascendencia psicológica, no extrañará las relaciones entre algunas de aque-

llas y los especiosos argumentos, que no son las verdaderas pruebas de la Metafísica y de la Psicología, que calificó el filósofo alemán de *paralogismos* respecto de la substancialidad, personalidad y simplicidad del alma humana. Comprenderá también cuánto han debido extremarse las negaciones sobre los atributos esenciales del hombre.

Siendo uno de los fundamentos cardinales del Positivismo la negación de toda substancia, el empeño de los psicólogos positivistas reduce, por una parte, á convertir los mismos hechos humanos en testimonio de la negación de toda substancia y de toda esencia específica, para lo cual los reducen todos, en sus teorías, á fenómenos de movimiento transformado; y por otra, á idear hipótesis mediante las cuales la unidad no sea la unidad, sino la colección, y la identidad no sea la identidad, sino la sucesión por una «posibilidad permanente de nuevos fenómenos», sensaciones, en su aspecto interno, movimientos moleculares, en su aspecto externo, «flujo y reflujo de vibraciones nerviosas que forman el espíritu»; pues dichos «fenómenos interiores constituyen nuestro yo», noción «ilusoria y vacía», pura trama de los hechos y de sus relaciones fatalmente determinadas en y por los órganos cerebrales.

Así, el yo es la resultante de los movimientos del cerebro, y parece algo *fijo* y *permanente*, cuando no es más que el fenómeno *repetido* por la repetición de las vibraciones; y la posibilidad y ne-

cesidad permanentes de ciertos hechos, dadas las mismas condiciones, que aparecen como internos, he aquí toda la realidad del yo, «ilusión psicológica de una substancia distinta y permanente», vacía de existencia como toda «ilusión metafísica».

El fenomenismo, más ó menos materialista, al cual vive entregada la psicología positivista, por fatal aplicación de sus arbitrarias negaciones; fenomenismo sensualista, mecánico, con Taine, fenomenismo idealista con Stuart Mill, fenomenismo organicista ó celular con Haeckel, asociacionista con Ribot, y con otras notas dominantes entre otros positivistas, es en el fondo un materialismo radical por pretextos é hipótesis de aparatoso aspecto científico.

En toda su doctrina, sobre quedar sin explicación la realidad de los hechos humanos mejor sentidos, queda violentada la natural realidad de los hechos mismos; y lejos de presentar los autores de tales hipótesis un solo fenómeno que sea y exista como sus hipótesis reclaman, si no fingen el hecho, es ficticia la interpretación con que lo presentan.

Esencia, causa, sujeto, substancia, nombres sin realidad, signos sin valor objetivo, porque los hechos y la sucesión fatalmente determinada por una *necesidad y posibilidad permanentes* de los mismos, es toda y la única realidad que percibimos, y que podemos conocer: y la doctrina que hace del yo, afirma Taine, una substancia dis-

tinta, es una ilusión metafísica. Esa cierta cosa íntima, cuyos diferentes aspectos eran las facultades, desaparece con ellas; se la ve desvanecerse, y entrar en la región de las palabras la substancia, una, permanente, distinta de los fenómenos.

La serie de sensaciones, movimientos cerebrales, vistos como internos; la serie de movimientos moleculares, sensaciones, vistas en su aspecto externo; he aquí la realidad del yo; y un cierto *interior estable*, por esa posibilidad y necesidad de ciertos fenómenos en ciertas condiciones, he aquí la unidad, la permanencia de ese yo, realidad bien distante de la «ilusión metafísica del yo», á juicio del autor de la obra *L'INTELLIGENCE*. (I)

Toda la doctrina psicológica, que nos ha demostrado la irreductibilidad de los fenómenos psicológicos á la sensación, y de la sensación al movimiento orgánico ó mecánico; y toda la doctrina metafísica, que demuestra la existencia real de substancias, por experiencia interna y externa, destruyen las dos suposiciones fundamentales del Positivismo respecto de la personalidad humana; y toda la naturaleza específica de la razón

(I) Extensa y de difícil análisis por su propia estructura. De Broglie en el libro III, tomo I, de su fundamental obra *Le Positivisme et la Science Experimentale*, expone y refuta la doctrina de Taine, de un modo acabado. Merecen ser consultadas por su fino análisis y bien ajustada crítica las *Lettres á Mr. H. Taine* de L. Empart, doctísimo profesor de Orleans. (París—1872.—H. Anniéret).

y de la conciencia, todo el inviolable valor experimental de los dos grandes hechos de la unidad é identidad de nuestro sér, en medio de las diversas operaciones, testimonio de una individualidad y permanencia reales, refutan con esta su misma realidad todas las hipótesis que quieren explicar el yo por composición ó *sinestesia*, sucesión, y relación, más ó menos ficticia, del conjunto de los fenómenos humanos.

Doctamente objeta Empart á Mr. Taine: «si el yo no consiste en otra cosa que en la serie de sus sensaciones, de sus ideas, etc., no tendrá esta unidad perfecta que le atribuímos. Y por qué? Porque sus modificaciones son evidentemente múltiples, porque forman una pluralidad, un número verdadero. Sin duda se suceden sin interrupción alguna, pero su continuidad no les impide ser distintas las unas de las otras: porque las impresiones que sentimos á la mañana, por ejemplo, ciertamente que no son idénticas á las que sentimos por la tarde. Luego si es verdadera vuestra teoría, el yo no es uno, sino múltiple; tan numeroso como sus innumerables fenómenos. Conocéís nada más contrario al sentido común y al testimonio de la Conciencia?»

La unidad é identidad del mismo tipo individual, del mismo sujeto y persona, que con nuestra misma existencia sentimos en la unidad é identidad reales y conscientes, ni es la unidad por composición, ni es la identidad por continuidad. La totalidad de los fenómenos, con relación

á un momento dado, ó totalidad *actual*, como Empart la denomina, es la *simultaneidad*, coexistencia de los fenómenos en el tiempo, pero no la unidad; y tanto esta simultaneidad no es la unidad real, que ni priva á los fenómenos de su distinción, ni nos impide percibirlos como distintos y contrarios, con real y experimental unidad del yo en ese mismo instante; percepción de estas diferencias imposible sin el sujeto uno, que las perciba y relacione; unidad del yo imposible de ser producida por esa coincidencia de fenómenos, porque estos mismos fenómenos arguyen y exigen de un modo necesario la preexistencia del yo.

Unidad imposible de ser producida por la sucesión, mediante conjunción, ó la reunión total de los fenómenos; porque su propio carácter sucesivo los imposibilita para permanecer como elementos de un todo; el cual, como suma, es inconcebible, porque se supone que no hay sujeto que los reuna, ni tienen los factores condición alguna de permanencia; son y desaparecen porque esa es la naturaleza del fenómeno privado de substancia, que como sujeto los produzca; que sepa que los produce, por sus propiedades de la conciencia y de la memoria; y que en cuanto los ha producido los reconoce como actos de un solo é idéntico sujeto.

Es más: toda hipótesis de composición del yo por la reunión de fenómenos, resulta absurda, aun contando con la conciencia y la memoria, é in-

capaz de explicarnos la unidad é identidad individualísimas de nuestra persona. Fenómenos diferentes y sucesivos, la conciencia no los podría reunir porque la conciencia es de lo presente; la memoria no podría relacionar los de hoy con los de ayer porque el yo de ayer no existiría. Reducido el yo á la serie de los fenómenos, el yo de ayer desapareció con los fenómenos que lo produjeron; y suponer que se han transmitido los unos á los otros es suponer alguna realidad substantiva, radicalmente negada por la hipótesis que combatimos. El fondo de la conciencia como el de la memoria revelan un sujeto idéntico, diversamente modificado, por los estados de conciencia y por los hechos que le atribuimos con el recuerdo de la memoria; yo, y yo mismo, el que soy ahora, soy el que era en tales ó cuales tiempos de mi vida, en tales ó cuales modificaciones, relacionadas como actuales ó como pasadas; relación, que no produce, sino que presupone la existencia del yo; pues, como toda relación real, son imposibles la de nuestra conciencia, la de nuestra memoria, la de nuestro juicio, sin fundamento real; uno y permanente, porque uno é idéntico lo sentimos, porque sin esa unidad é identidad de persona es imposible decir *yo*, encarnación viviente de la personalidad y de la subsistencia humanas.

Las *apariencias* de identidad que á la conciencia dejan, no por substantividad del sujeto, sino por *repetición* del acto, ni explica la unidad, ni

respeta la conciencia. ¿Por qué no ha de ser realmente uno é idéntico en sí lo que como uno é idéntico experimentamos en nosotros mismos? Cuando se demuestren que las cosas aparecen ó pueden aparecer en el orden de su realidad de un modo distinto del que son; entonces, y sólo entonces, será lícito suponer que la identidad real que yo siento es pura apariencia de identidad.

Invalidado el criterio de la conciencia, lo que se impone es un escepticismo absoluto; si lo que yo experimento como unidad é identidad no es otra cosa que *apariencias* de tal sér, ¿cómo sé que es apariencia y no realidad?

De igual modo que la unidad no se explica por la continuidad, esta identidad tampoco se explica por la repetición, ni por la asociación ó sinestesia. La repetición del acto implica pluralidad de actos sucesivos, distinción de fenómenos; y, ya lo hemos consignado, el mismo reconocimiento de los actos como distintos y como sucesivos, la pura posibilidad de producirlos en diferentes instantes y como actos diferentes, implican la unidad permanente y substantiva de un sujeto. La posibilidad y necesidad permanentes de nuevos fenómenos, á lo cual Taine reduce el yo, por suposiciones de carácter metafísico que tanto moteja, no por experiencia de *hechos*, como su sistema le impone, son la más vana de las abstracciones, porque ni la posibilidad es realidad, ni la necesidad es una substancia; lo posible sólo tiene valor